

## MISA CRISMAL

*Catedral de La Habana, 20 de marzo de 1986*

Queridos Sacerdotes, Hermanos y Hermanas:

Como cada Cuaresma, pero más aún en este año del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, la Misa Crismal tiene en nuestra Arquidiócesis de La Habana un carácter de gran celebración diocesana.

La Iglesia en Cuba, renovada y vivificada por el ENEC, y en plena fidelidad a su vocación de ser para todos nuestros hermanos signo del amor de Dios a los hombres, se congrega en esta ocasión junto al Obispo y su presbiterio para, en la escucha de la Palabra y en clima de oración, tomar clara conciencia de su sacramentalidad, es decir, de su condición de Pueblo de Dios que hace camino en la historia como parte de nuestro pueblo cubano esforzándose por cumplir, con su ser y con su obrar, la Misión de hacer a Jesucristo presente en medio de todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos, que viven, luchan, trabajan, se alegran o sufren cotidianamente a nuestro lado, junto a nosotros.

Saber y sentir a todos los hombres con nosotros es el requisito básico para el cumplimiento de nuestra Misión como Iglesia. Porque la Iglesia revela a Jesucristo y lo hace presente. A través de ella, es decir, de todos nosotros cristianos, también Cristo actúa hoy; se incorporan nuevos hermanos a la marcha del Pueblo de Dios, crece el Cuerpo de Cristo y se perfecciona la alabanza que la humanidad debe rendir a su Creador y Padre.

Para lograr esto, el Hijo de Dios recorrió un camino descendente hasta nosotros, único modo para que nosotros pudiéramos llegar hasta Dios. «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo...» decimos en el (Credo).

«Jesucristo, siendo de condición divina, se despojó de su rango y tomó la forma de servidor», se anonadó a sí mismo... dirá San Pablo. De este modo, «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn 1*), y entró en la historia humana con un nombre dado de lo alto: «Dios-con-nosotros». Experimentamos así toda la cercanía, la solidaridad, la intimidad de Dios, que inicia en Jesucristo un modo singular de presencia, marcado por un amor de dejación de sí para que todos los hombres lleguen a participar de su misma vida. Este es el misterio de la Encarnación. No encontramos casi ninguna homilía o reflexión de San Agustín que no remonte a esta realidad germinal de la espiritualidad cristiana: la abnegación, el don de sí, esa dulce exigencia de la que está transido todo el Evangelio no son más que el reclamo de aceptación universal de ese estilo radical del amor de Dios que llegó hasta la entrega en su Hijo Jesucristo. Y así, el que era desde siempre, sin dejar de ser quien era, pero anonadándose, «haciéndose uno de tantos», comenzó a ser de un nuevo modo, comenzó a ser como nosotros para poder estar con nosotros. Este había sido siempre el Plan de Dios desde el inicio: estar Él con los hombres y que los hombres estuvieran con Él. En los albores de la Creación, antes de que el pecado ensombreciera el horizonte del destino humano, Dios se paseaba familiarmente por el Paraíso «con la brisa de la tarde» (*Gn*).

Siglos antes de que llegara la plenitud de los tiempos con la venida del Salvador, Dios habló a sus elegidos y de modo personal les dijo a muchos de ellos: «no temas, yo estoy contigo...».

La frase nos resulta familiar: es la que, con pocas variantes, hemos dicho a un amigo que atraviesa una prueba difícil; es la misma frase que se nos ahogó en la garganta y que quisimos pronunciar en la pena o la angustia de algún compañero de trabajo o de estudio o aun de un simple conocido, cuando poníamos nuestro brazo sobre sus hombros o la estrechábamos la mano.

Estar contigo, estar conmigo, estar con nosotros. Esta es la palabra perenne, definitiva, estremecedora que nos dice Dios en su Hijo Jesucristo, el Emmanuel, Dios-con-nosotros. Este hombre impuesto por el Altísimo expresa lo que es la persona, el porqué de su vida y de su acción en el mundo.

¡Y qué bien llevó Jesús ese nombre! Él está siempre en medio de sus contemporáneos.

¿No es este el Hijo del carpintero?

¿Su padre no es un obrero y sus parientes no son de aquí?

Pero Jesús no solo es de su tiempo por ser identificable. Es hombre de su tiempo porque se identifica con la gente, con su gente, que son los pobres, los pecadores aquellos que nadie quiere que estén a su lado y a los que Él ha venido especialmente a buscar. «Yo he venido a anunciar la salvación a los pobres, a los cautivos la redención» y «lo acusaban de comer y beber con los pecadores...».

De este modo, el Jesús *sacramento del Padre*, es decir, el que hace presente la sacralidad de Dios en lo cotidiano asumido y transformado. Lo humano es su vehículo, su medio. La vida compartida es la manera que Él tiene para hablar del Padre y del amor que el Padre tiene a los hombres. Cuando su Palabra se hace parábola o discurso didáctico o conversación personal está dicha desde la barca a donde se siente muy cerca de la orilla del lago, rodeado de muchedumbre; o puesto a la mesa en casa de Simón, cuando les explica a los serios y bienpensantes que la pecadora que lo está tocando ama mucho y alcanzará mucha misericordia. Y en la casa de sus amigos, mientras espera que sirvan la mesa, le dirá a Marta que ella se pone nerviosa por muchas cosas y que solo una es necesaria: buscar a Dios de todo corazón y ponerse a su escucha.

La orilla del lago, la casa del amigo, la mesa de una comida familiar, los prados del campo, las escalinatas del templo... son los lugares donde Jesús habla, porque en ellos están los hombres y mujeres de su tiempo, pobres o acomodados, letrados o ignorantes, santos o pecadores.

La palabra reveladora de Jesús alcanza al hombre en su realidad cotidiana, en su medio vital, porque está dicha donde se hallan aquellos que pueden escucharla, porque quien la dice tiene muy en cuenta las expectativas y los obstáculos internos de sus interlocutores, porque sabe hablar del lenguaje de la historia cuando esta se está desarrollando ante sus ojos. Jesús es un hombre *situado*. Puede resultar atrayente, íntimo, exigente o desconcertante, pero nunca extraño a lo humano y a lo concretamente e inmediatamente humano. Él se ubica donde se entrecruza el tejido de la vida.

Cuando el ENEC, al final de su maravillosa semana de trabajo y oración, pidió que nuestra Iglesia en Cuba, para ser evangelizadora, fuera realmente una Iglesia Encarnada, no quería decir ni más ni menos que hoy nosotros, que formamos el Cuerpo de Cristo en nuestra Patria y prolongamos aquí su presencia salvadora, debemos integrar una Iglesia también *situada*, que sabe escuchar y que tiene qué decir. Iglesia que puede resultar en

ocasiones sorprendente, pero que, por fidelidad a su vocación y a su Señor, no puede ser jamás extraña al mundo, a nuestro pueblo, a su historia actual.

Algunos, aun creyentes, quisieran que la Iglesia se ocupara únicamente de la religión, que hablara un lenguaje que ellos llaman «exclusivamente religioso», que fuera solo una Institución con funciones culturales para satisfacer los gustos casi estéticos o las necesidades psicológicas de determinados grupos humanos.

Pero justamente, la novedad revolucionaria de Jesucristo fue la de sacar lo religioso del ámbito cerrado de lo puramente religioso, para trasladarlo a la vida y establecer definitivamente lo que ya habían anunciado los profetas: «que esta es la religión que Dios quiere».

Después de Jesús, quienquiera que se considere su seguidor, sea levita, sacerdote o laico, no puede pasar de largo dejando tirado al borde del camino al prójimo maltrecho; después de Jesús no se puede dividir a los hombres en judíos y samaritanos, esclavos y libres, puros y pecadores; después de Jesús no puede haber ofrenda en el Templo, si no hay reconciliación en la vida; después de Jesús no puedo decir que amo a Dios si no amo al hermano.

Esta religión que pasa por el hombre, que atraviesa lo humano como única vía de alcanzar al verdadero Dios, no es solamente apta para mejorar las relaciones interpersonales; vale también para fundamentar la vida social, económica y política, y favorece en el interior de los Estados y en las relaciones internacionales el surgimiento de una auténtica Paz.

Cuando la Iglesia vive de veras el Plan de la Encarnación no puede menos que dejar una estela de servicio, de conciliación, de bondad y de Paz en medio de la Sociedad. Así, en estrecha colaboración con todos los que procuran el bien y con profundo espíritu de comunión, va construyendo solidariamente la Civilización del Amor. Esto lo ha venido haciendo humildemente la Iglesia en Cuba por sus instituciones de servicio asistencial, por la exhortación continua a sus hijos a dar lo mejor de sí en bien de su Pueblo, por la acción de sus laicos comprometidos.

Pero ahora después del ENEC, la Iglesia toda: Obispos, personas consagradas, sacerdotes y laicos, asumen con actitud pastoral el ser una Iglesia que pone un acento prioritario en cumplir, en medio de nuestro pueblo, el plan de la Encarnación, que tuvo en Jesucristo su realización perfecta y en quien nosotros encontramos gracia y fortaleza para actualizarlo hoy.

Esto significa que, aunque en algún momento anterior, hubiera sido así, después del ENEC, la Iglesia no puede pasar de largo. Después del ENEC, la Iglesia no puede ceder a la tentación de aceptar pasivamente las divisiones de los hombres en campos contrapuestos. Después del ENEC, la Iglesia no puede presentar su ofrenda si no trabaja a un tiempo, en clima de diálogo, por la reconciliación; después del ENEC, los creyentes en Jesucristo debemos identificarnos en Cuba no porque respondamos que somos creyentes a la pregunta de un formulario escrito, sino porque respondamos con la vida a los requerimientos del amor a los hermanos.

En esta prioridad de ser una Iglesia Encarnada hay una exigencia de seria conversión, a fin de alcanzar una renovación verdadera.

Ustedes, queridos presbíteros, ministros de la reconciliación, heraldos que convocan al pueblo de Dios a la conversión; sacerdotes de la nueva religión de Jesucristo, cuyo culto pasa necesariamente por la vida; renovarán ahora sus promesas sacerdotales, que consisten precisamente en la entrega total de la vida en espíritu de servicio a todos los hombres.

Les suplico en este día de gracia, después de nuestro retiro espiritual, que, alentados por el ENEC, pongan también el acento en ser decididamente e inspiradoramente para su pueblo, los sacerdotes de una Iglesia que, por fidelidad al plan de la Encarnación, quiere vivir realmente insertada en la historia presente.

La bendición de los óleos y el Crisma y la celebración Eucarística nos llevan a la cumbre de la presencia sacramental de Cristo. Que también nuestras vidas sacerdotales se asemejen a lo que familiarmente tratamos y seamos para nuestros hermanos bálsamo que alivia y conforta y alimento que fortalece su espíritu, sosteniéndonos todos según propia vocación en el propósito común de ser una Iglesia Encarnada al modo de Jesús.